

## Capítulo IX – Mambo entre tres

Fidel Castro es una fuerza simbólica y política en México. Forma parte del escenario político nacional y, de vez en cuando, asume el papel protagónico. El enlace Castro-México, con casi cincuenta años, es una historia digna de Shakespeare: llena de actores pintorescos y cambiantes, espías y traición.

Los sucesivos gobiernos priistas trataron de utilizar los lazos con Cuba para equilibrar la relación, siempre tensa, de México con Estados Unidos. Las relaciones entre el gobierno mexicano y la Cuba de Castro no eran bilaterales, a la manera tradicional. En vez de ello se trataba de un complicado baile —un mambo entre tres— que incluía siempre a Estados Unidos.

Uno de los personajes más fascinantes del drama era un mexicano que conocía a Castro antes de que éste fuera Fidel, esto es, antes de que se convirtiera en una de las pocas figuras políticas en el mundo a quienes se les identifica instantáneamente con el nombre de pila. Cuando conocí a Fernando Gutiérrez Barrios parecía un actor maduro del cine latinoamericano; siempre impecablemente vestido y acicalado, con una brillante cabellera blanca. Para 1998, había asumido su condición de respetable estadista dentro del PRI. Un año después supervisó la elección primaria de Labastida y Madrazo dentro de ese partido, y en 2000 compitió por la senaduría de Veracruz, su estado natal. Gutiérrez Barrios cultivaba la imagen de un hombre que sabía mucho más de lo que podía revelar jamás a un ciudadano común y corriente. Éste es un síndrome común entre los espías, pero en su caso no me importó, porque era un conversador muy ameno.

Nos reuníamos periódicamente, ya fuera en mi casa o en la suya, llena de regalos que le habían dado a lo largo de su vida a cambio de favores. Todavía seguía en contacto con la embajada estadounidense. Esa relación fue mucho más profunda cuando él era miembro de la corporación mexicana dedicada al espionaje y un jugador clave en el manejo de las relaciones furtivas de su país con Cuba y con Estados Unidos.

La historia de Gutiérrez Barrios respecto de Cuba era larga e intensa. En 1955, siendo un militar recién graduado y miembro de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), se le encomendó supervisar el exilio de un joven revolucionario cubano. El fallido asalto de Castro al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, derivó en el encarcelamiento del cubano por casi dos años; posteriormente fue liberado y se exilió en México. Durante su

estancia en este país perfeccionó su fervor revolucionario y se preparó para su regreso armado a la isla. También conoció a otro joven revolucionario, el argentino Ernesto Guevara, conocido por todos como el “Che”.

Gutiérrez, casi de la misma edad de Castro, se desempeñó bien en el cargo. Se hizo de la vista gorda cuando en 1956 el cubano y cerca de ochenta amigos abandonaron México a bordo de un pequeño barco, el Granma, para reiniciar su lucha contra el régimen de Batista. Fue una hábil maniobra para México: se apostó al futuro sin romper relaciones con Batista. Gutiérrez Barrios mantuvo el contacto con Fidel y su gobierno durante décadas. Al comenzar el nuevo siglo, Castro seguía en el poder. Gutiérrez murió un poco después de ganar las elecciones por el senado en 2000.

Desde el inicio del régimen de Castro, la actitud de México hacia Cuba era una mezcla de romántica retórica revolucionaria latinoamericana con las políticas nacionales y la *realpolitik* internacional, así como una manera de persistir en los temas de soberanía y no intervención. Gutiérrez se mostraba siempre circunspecto cuando hablábamos de Cuba. Nunca reveló secretos. Dejaba en claro, sin embargo, que México había encontrado en Cuba a su propio puercoespín, el cual requería un manejo cuidadoso. Para el PRI, Castro era útil, pero también potencialmente peligroso. El apoyo al dictador cubano daba lustre a la imagen revolucionaria del partido frente a importantes fuerzas electorales en el país.

Pero México ya había tenido su revolución y no necesitaba otra. Su anhelo de estabilidad iba en contra de los planes de Castro para promover un hemisferio comunista, antiimperialista. Por tanto, la estrategia de México consistió en mantener vínculos amistosos para asegurarse de que Castro no apoyaría a insurrectos mexicanos. En los años setenta, México aniquiló despiadadamente a sus propias guerrillas en una guerra sucia que vio “desaparecer” a cientos de personas a manos de las fuerzas de seguridad. Gutiérrez Barrios estaba activamente involucrado en esa campaña, cuyos detalles apenas ahora están saliendo a la luz. Tal vez Castro proporcionó algún tipo de apoyo a las guerrillas mexicanas, aunque en todo lo que hacía sopesaba cuidadosamente su relación con el gobierno mexicano.

Ése fue, precisamente, el objetivo de la política mexicana con respecto a Cuba. México fue el único país latinoamericano que no respaldó a Estados Unidos para sacar a

aquel país de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1962. Mantuvo abiertos su comercio, su industria, sus puertos y sus aeropuertos para los cubanos y para quienes visitaran o intercambiaran bienes con la isla. Los vínculos oficiales de México con Castro servían para redirigir el fervor revolucionario hacia otros Estados, cuyos gobiernos eran menos provechosos para el cubano. Por si acaso, sin embargo, Gutiérrez Barrios y sus compañeros vigilaban de cerca la embajada de Cuba. También pasaban información al gobierno de Estados Unidos acerca de sus actividades, así como de los viajeros que iban o venían de Cuba vía México. Lo más probable es que hayan realizado servicios similares de recopilación de información para los cubanos en lo referente a la embajada de Estados Unidos y a la comunidad cubana exiliada en México.

Como en toda América Latina, Fidel se volvió un ícono en México, y no sólo de la izquierda, sino de la ciudadanía en su conjunto, que lo veía como un héroe que enfrentó al Goliat norteamericano. Esa imagen era particularmente atractiva para un país atrapado en su propio concepto de permanente David. Los mexicanos dieron gran importancia a la solidaridad con el pueblo cubano. Pero el gobierno mexicano apoyó al régimen de Castro, no a quienes vivían bajo su tiranía. Durante décadas se hizo de la vista gorda frente a la falta de libertad política o aceptó el argumento de que la democracia en la isla debía esperar a que terminaran las amenazas por parte de Estados Unidos. La clase política mexicana que denunciaba a voz en cuello las dictaduras en otras partes de América Latina —la de Pinochet en Chile, por ejemplo—, hipócritamente ignoraba que Castro le negaba la libertad a su propio pueblo. Era un espectáculo lamentable. Enfrentarse a Estados Unidos era lo suficientemente heroico. Más —se pensaba— no podía pedírsele a Fidel.

Como resultado, Castro se volvió en general inexpugnable durante muchos años. Utilizaba su notable encanto personal para reforzar los afectos mexicanos. A finales de 1998 me reuní con un grupo de senadores del conservador PAN que acababan de regresar de Cuba. Estaban ingenuamente encantados después de presenciar uno de los tradicionales monólogos de Fidel, un maratón de siete horas. Reconocieron, en respuesta a mi pregunta, que no habían planteado ningún asunto de derechos humanos. En cambio, habían descubierto a un Castro sumamente bien informado acerca de las próximas elecciones mexicanas. Insinué que debieron haberle preguntado para cuándo planeaba sus propias

elecciones multipartistas. No celebraron mi ironía. Tal vez ni siquiera la entendieron. No podían concebir que se desafiara al héroe latinoamericano.

A lo largo de los años, cualquier insinuación de un menor apoyo oficial de México a Cuba era motivo de protestas del PRD, gran parte del PRI y algunos analistas políticos. Además de cultivar la legítima afinidad que muchos mexicanos expresaron hacia Castro y su revolución, el gobierno cubano gastó mucho en reclutar espías y agentes de influencia, algunos de los cuales todavía ocupan posiciones de importancia en la burocracia y en la escena política mexicana. Aún ahora se puede estar seguro de que darán resultados si se les llama. Para México, al igual que para gran parte de América Latina, el apoyo a Fidel era una expresión conveniente de antiamericanismo que evitaba la confrontación directa.

Los gobiernos latinoamericanos se movieron hacia los conceptos de mercados abiertos y democracia liberal, y siguieron la directriz establecida por México tiempo atrás. Pero se vacunaron contra la izquierda en sus países afianzando la amistad con Fidel y readmitiéndolo, poco a poco, en las organizaciones de la familia en la región. Sólo la oposición continua de Estados Unidos mantenía a Cuba fuera de la OEA y de las reuniones de la Cumbre de las Américas. Mientras México negociaba y se preparaba para el TLCAN, al que finalmente se incorporó, seguía apoyando a un Estado comunista en el Caribe; las contradicciones se volvieron más obvias que nunca.

El tejido de la solidaridad comenzó a rasgarse. En 1992, cuando el presidente Carlos Salinas de Gortari viajó a Miami en busca de apoyo al TLCAN por parte de la comunidad cubano-norteamericana, dejó la impresión de que los lazos de México con Castro se estaban desuniendo. Un año antes, y como parte del mismo esfuerzo salinista, México se abstuvo de votar una resolución a instancias de Estados Unidos, que finalmente aprobó la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, para censurar el desempeño de Cuba en este terreno. La abstención sorprendió a Cuba y a gran parte de México.

En los años subsecuentes, a medida que Estados Unidos seguía introduciendo resoluciones condenatorias respecto de Cuba, la abstención de México dejó de ser algo totalmente seguro. Sin duda, la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) disfrutó viendo cómo nos esforzábamos para obtener a duras penas algunos triunfos anuales en una comisión cuyos miembros incluyeron a lo largo de los años a la Unión Soviética, Libia, Sudán, Irak y la propia Cuba. En 1999, cuando la votación anual se efectuó en Ginebra,

México sacudió a Washington. Los mexicanos rompieron su cadena de abstenciones y votaron en contra de la resolución. Algunos en Washington preguntaron enojados: “¿Por qué nuestro embajador en la ciudad de México no leyó las hojas de té y nos dijo qué debíamos esperar?” Buena pregunta. Yo no tuve una buena respuesta para Washington.

En los meses siguientes, todavía lastimado por lo que ocurrió en Ginebra, intenté armar la historia. Finalmente, Green reveló lo que yo podía confirmar en otra parte. Ella no decidió cómo votar. Fue el presidente Zedillo quien tomó la decisión. De acuerdo con esta versión, una semana antes de la votación en Ginebra, Castro puso en aprietos a Zedillo cuando los presidentes latinoamericanos se reunieron en República Dominicana. Sentado en la parte trasera del autobús que llevaba a los jefes de Estado de una sesión a otra, Castro presionó al presidente mexicano. Estados Unidos había iniciado apenas su bombardeo en la ex Yugoslavia, y Zedillo respondió al potente músculo militar estadounidense con la manera de defensa mexicana tradicional: indignación mezclada con ansiedad. “¿Cuál será el próximo blanco del intervencionismo norteamericano? — preguntó Castro— ¿La Habana? ¿Chiapas?” Zedillo accedió. En Ginebra, el voto mexicano en contra fue una forma de mostrar preocupación ante la prepotencia de Estados Unidos.

Quizás mientras decidía la postura de México, Zedillo estaba tratando de hacer las paces con Castro y de reestablecer el equilibrio en la relación después de que ésta se enfrió a causa de una serie de comentarios críticos sobre México que hizo el cubano. En una reunión que se celebró en La Habana en diciembre de 1998, Fidel aseguró que los latinoamericanos estaban perdiendo su identidad cultural. Dijo: “Hagan la prueba. Pregúntenle a varios niños mexicanos, por ejemplo, quiénes fundaron su país, y probablemente muchos no sabrán qué responder. Pero conocen a Mickey Mouse y a otros personajes de las caricaturas que vienen de Estados Unidos. Éste es un hecho que conduce a una tremenda pérdida de identidad”.

La prensa mexicana desvirtuó los señalamientos de Castro. Los presentó como un comentario sobre el patriotismo mexicano, no como una crítica al imperialismo cultural estadounidense. Las palabras —aunque probablemente ciertas, al menos en lo que respecta a los niños más pequeños— provocaron encono en México. Zedillo mandó llamar a su embajador en Cuba para que rindiera cuentas. Después hubo otros incidentes. En enero de

2000, Castro dijo a la prensa que México, Colombia y otros Estados latinoamericanos eran en realidad manejados por los embajadores estadounidenses. La acusación era demasiado absurda como para considerarla siquiera halagadora. Como yo no quería estar en medio de este embrollo, respondí a las preguntas de los periodistas haciendo notar que me era imposible entender lo que Castro estaba tratando de decir.

El forcejeo entre los dos gobiernos alentó dentro de México la predecible defensa de Cuba. La oposición de izquierda y algunos miembros del PRI criticaron a Zedillo por reaccionar exageradamente frente a los comentarios de Castro. Según las acusaciones, el presidente mexicano era de algún modo responsable de echar a perder el vínculo histórico. Así, meses después, cuando se presentó el momento de votar en la Comisión de Derechos Humanos, el presidente probablemente pensó que las cosas volverían a estabilizarse con un voto en contra de la resolución. Green me dijo que, como Zedillo se había comprometido con Fidel en ese autobús, ella no pudo disuadirlo. El mexicano estaba aparentemente sorprendido por la dura respuesta estadounidense: Madeleine Albright canceló abruptamente su participación en la reunión de la Comisión Binacional, que cada año reúne a funcionarios con rango de gabinete. Más aún, el embajador de México en Washington fue objeto de la protesta más enérgica que había escuchado en el tiempo que llevaba en el cargo.

Como es costumbre entre los presidentes, Zedillo culpó a sus subordinados del desastre. Esto motivó a Luis Téllez, secretario de Energía y ex secretario particular de Zedillo, a preguntarme si la relación podía tolerar mucho más a Green como secretaria de Relaciones Exteriores. No sabía si él era el curioso o Zedillo, pero opté por abstenerme de contestar. Faltaban 18 meses para que terminara el régimen zedillista y, sin duda, Green sabía de las amenazas a ella dirigidas; además, quería que Estados Unidos supiera que ella no había sido responsable del lío en Ginebra.

La relación Cuba-México siguió oscilando sin control. A finales de 1999, Zedillo insistió en que Green, quien resultaba claramente incómoda, se reunió durante su visita a Cuba con el disidente Elizardo Sánchez. Era la primera vez que un funcionario mexicano de alto rango se encontraba en la isla con una figura de oposición muy conocida. Los cubanos reaccionaron con furia. Meses después, Zedillo se enfrentó nuevamente a Castro en la última reunión entre ambos y otros líderes de Estado latinoamericanos. El presidente

mexicano, que estaba a punto de arriesgar el futuro de su partido a favor de la democracia y la limpieza electoral, rebatió el viejo comentario de Castro de que Cuba era una democracia porque la voluntad del pueblo se reflejaba en las decisiones de su gobierno. Zedillo rechazó el argumento. La democracia existe, afirmó contundente, cuando el pueblo tiene una amplia oportunidad de elegir a sus gobernantes en elecciones libres, abiertas y entre partidos en igualdad de circunstancias. Sus palabras eran una asombrosa refutación al razonamiento autojustificador de Castro y a la hipocresía latinoamericana.

En el juego de la relación cubano-mexicana había tanto debajo de la superficie que era imposible saber qué motivos detonaron los ataques de Fidel a Zedillo y el gobierno mexicano. Había muchas especulaciones. Después del comentario de Mickey Mouse, el coordinador de asesores de la presidencia, José Luis Barros, le dio vueltas a la posibilidad de que el cubano estuviera intentando enfriar las relaciones con México porque quería acercarse a Brasil, el tradicional rival mexicano por la superioridad como nación latinoamericana. Dos de los principales asesores de la campaña de Fox, Jorge Castañeda y Adolfo Aguilar Zínser, sospechaban que el ex presidente Carlos Salinas de Gortari estaba detrás de varios comentarios de Castro. Las sospechas resultaban fascinantes.

Una de las ironías de la relación Cuba-México era que Salinas, quien había hecho mucho para que México se acercara más a Estados Unidos, estaba viviendo gran parte del tiempo en Cuba. Había sido muy bienvenido por Castro después de que abandonó México, donde era vilipendiado por la corrupción de su régimen y porque su hermano estaba en la cárcel a causa de un crimen tremendamente escandaloso. Su relación con el gobierno de Zedillo tenía un margen muy estrecho: iba de fría a hostil. Ciertamente, había habido otros favores, menos visibles, ente Castro y Salinas. La bienvenida que el primero le dio al segundo para que viviera en la isla era sólo el último de ellos. Para Castañeda y Aguilar Zínser, antipriistas recalcitrantes, Salinas seguía presente en México (algo así como Napoleón en la Isla de Elba). Les parecía natural sospechar de él por el deterioro en la relación cubano-mexicana.

Yo deslicé la posibilidad de que Castro hubiera hablado sin que alguien lo asesorara y que estaba sencillamente frustrado al ver cómo México estrechaba los lazos económicos con Estados Unidos mientras Cuba seguía siendo el estancado socialista sin nadie importante en el plano internacional que lo respaldara. Dejando a un lado las

explicaciones, cuando Zedillo dejó el cargo, a finales de 2000, las relaciones México-Cuba estaban experimentando un enfriamiento real. Y estaban a punto de ponerse mucho más frías con el arribo de Vicente Fox a Los Pinos.

Con excepción de las turbulentas semanas antes del voto anual de la Comisión de Derechos Humanos, Cuba no solía ser motivo de preocupación o actividad cotidianas en la embajada. Pero la isla siempre figuraba cuando me reunía a conversar con su apologista más encantador y dedicado, Gabriel García Márquez. El novelista colombiano, uno de los grandes escritores del siglo, había elegido a México como su lugar de residencia e invertía ahí más tiempo que en su propio país, el cual parecía descender en espiral. Nos conocimos unos años antes en Washington, donde platicamos mientras desayunábamos en el Jockey Club. El tema fue Cuba, y esencialmente repetimos la misma conversación a intervalos durante los siguientes cinco años.

A últimas fechas, la represión le había costado a Castro el apoyo de algunos —no todos, ciertamente— artistas e intelectuales latinoamericanos. Muchos años antes, Octavio Paz fue uno de los primeros en etiquetar a Castro como el dictador caribeño que era. Le siguieron otros. En 2000, por ejemplo, noventa de los principales intelectuales mexicanos firmaron una petición dirigida a su gobierno de un voto a favor en Ginebra. Pero García Márquez nunca vaciló al momento de apoyar a Fidel. A lo largo de los años, echó mano de su influencia para asegurar la liberación de muchos prisioneros políticos de Cuba, aunque nunca criticó públicamente al régimen que los había encarcelado.

La línea de argumentación constante de García Márquez en nuestras conversaciones era la persistente hostilidad de Estados Unidos, que había acorralado a Castro. Afirmaba que la única salida al estancamiento residía en que los norteamericanos pusieran fin al embargo y reestablecieran las relaciones diplomáticas con Cuba. Con ellos y sus productos inundando la isla, ésta podía ser un lugar diferente. Yo replicaba que varias administraciones de Estados Unidos habían buscado en Castro alguna señal de liberalización que les diera un pretexto político para que las cosas se normalizaran. Resaltaba que, en repetidas ocasiones, Castro rechazó cualquier movimiento que agrietara siquiera el dique del control comunista. García Márquez ignoraba el argumento. En su opinión, Estados Unidos, como la nación más grande y más poderosa, era la responsable de demostrar su fuerza cambiando sus políticas.



En las cuatro décadas anteriores, los gobiernos estadounidenses se habían valido de García Márquez como un conducto para llegar a Castro. El escritor recordó cuando llevó a éste un mensaje de Carter durante la campaña presidencial estadounidense de 1980. Carter, de acuerdo con García Márquez, quería que Castro intercediera con el gobierno iraní para liberar a los rehenes norteamericanos. Su motivación, aseguró el colombiano, era que dicha liberación le aseguraría la reelección y le permitiría reestablecer las relaciones con Cuba en su segundo mandato. García Márquez insistía en que Castro hizo el intento, pero fracasó con los iraníes. Carter perdió las elecciones. Los rehenes fueron liberados sólo hasta que Ronald Reagan tomó protesta, el 20 de enero de 1981.

Nuestras charlas no sólo se enfocaban en Cuba. Platicábamos también de la familia de García Márquez, y así supe que él y su esposa Mercedes eran unos padres orgullosos —su hijo era fotógrafo y director de cine en Hollywood— y unos abuelos típicos. Pero sobre todo hablábamos de historia. Me alentaba a pensar en México no como un país, sino como una civilización, con una historia y una cultura tan ricas y profundas como las de Egipto o China. Y chismeábamos al detalle de los políticos mexicanos, colombianos y estadounidenses. Nuestras reuniones se hicieron menos frecuentes cuando él empezó a prolongar sus estancias en Los Ángeles para librar una batalla aparentemente exitosa contra el cáncer. Pero él era una de las primeras personas con las que yo quería platicar a mi llegada a México. Lo respetaba tanto que visité su casa la víspera de dejar la embajada en 2002, aun cuando estaba acelerado yendo de un lado a otro.

Los motivos de la deferencia de García Márquez hacia Castro deben ser múltiples. Tal vez actuó así motivado por la afinidad política, la solidaridad latinoamericana, la gratitud por la cómoda casa y la cálida recepción que le daba en la isla, o por simple perseverancia. Pero llegué a creer que el encanto de Castro lo sedujo desde el primer momento y que más bien disfrutaba el hecho de estar unido a otro personaje famoso.

Percibí que García Márquez encontró en el presidente Clinton la misma cualidad seductora desde el primer contacto. Tanto él como Carlos Fuentes conocieron personalmente al estadounidense en la casa del novelista William Styron, en la isla de Martha's Vineyard, en el verano de 1994. Clinton los abrumó con sus conocimientos sobre la obra de ambos, su devoción a William Faulkner —parte de cuyo trabajo podía citar al pie de la letra— y su punto de vista sobre la cultura de gran parte del hemisferio

occidental; en su opinión, desde Arkansas hasta Sao Paulo se comparte una amplia cultura caribeña, producto a su vez de una herencia africana común. Las trasgresiones por las cuales el presidente Clinton fue arrastrado por el fango del congreso estaban más allá de la consideración de García Márquez. Y estoy convencido de que aun cuando Clinton hubiera encadenado ideológicamente a toda una población, reprimido los derechos humanos y, por otra parte, violado los preceptos de la moderna sociedad democrática, no se hubiera hecho merecedor de una palabra áspera por parte del creador de Macondo. Para García Márquez, Clinton y Castro eran víctimas nobles, dioses del Olimpo, demasiado buenos y brillantes para ser comprendidos o apreciados por los simples mortales o para que se les juzgara conforme a los estándares mundanos.

Incluso cuando el complicado juego Cuba-México estaba dando señales de enorme tensión, el eje La Habana-ciudad de México era lo suficientemente fuerte en los últimos días del gobierno priista como para reclamar todavía otra víctima. El 4 de octubre de 2000, a la mitad del camino entre el triunfo de Fox en las elecciones y su toma de posesión, Pedro Riera Escalante fue puesto en un avión rumbo a Cuba, donde se enfrentó a la cárcel o quizás algo peor. La historia de Riera revelaba mucho del espionaje cubano en México y, lamentablemente, también mostraba la ineptitud estadounidense. Asimismo, servía para recordar cómo, después de cincuenta años de cultivar el terreno mexicano, Castro todavía tenía el poder para producir las cosechas políticas que le eran necesarias para sobrevivir.

A finales de 1999, Riera se acercó a la embajada estadounidense con un relato convincente que desplegó al detalle. Desde 1986 hasta 1991 había sido asignado a la embajada cubana en México, que entonces —como ahora— era uno de los puestos de espionaje en el exterior más grandes. Al ser uno de los principales elementos dentro de la organización de inteligencia militar de Cuba, Riera sabía de los esfuerzos cubanos para penetrar en la embajada estadounidense. Además, había manejado al desertor Phillip Agee, ex agente de la CIA y quien en 1975 publicó *Dentro de la empresa (Inside the Company)*, un libelo con algunos hechos mezclados con muchas mentiras. Mientras se desempeñaba en México, Riera era conocido por sus contactos, más o menos abiertos, con la comunidad cubana local, cuya oposición a Castro era por lo regular mucho menos estridente que la del contingente cubano en Miami. Pero tal vez se acercó demasiado a ellos o fue atrapado en algún otro vicio o crimen, reales o percibidos como tales.

A su regreso a Cuba se encontró con dificultades, y en 1993 fue despedido del servicio de inteligencia cubano. Durante los siguientes seis años trabajó para ganarse la vida a duras penas en Cuba, pero entonces regresó a México. Por lo visto, Riera era alguien a quien había que escuchar. Lo único que quería de Estados Unidos era ayuda para sacar a su familia de la isla y establecerla en ese país. A principios de 2000, un funcionario de la embajada se reunió varias veces con él. Su calidad migratoria en México era técnicamente la de ilegal. Es probable que haya entrado en el país con documentos falsos o, de haber usado los propios, que haya rebasado la estancia autorizada como turista. Sabía que el gobierno mexicano tenía el derecho de detenerlo o deportarlo a voluntad. Vivía escondido y temeroso. En algún momento de esos meses, Riera pudo haber tomado un autobús rumbo a cualquier punto fronterizo en el norte para llegar hasta territorio estadounidense. En cuanto declarara ser un ciudadano cubano, sería puesto en libertad condicional en Estados Unidos sin ninguna posibilidad de que se le regresara a la isla. Él, sin embargo, no quería eso. Prefería esperar y sacar a su familia de Cuba.

Nuestra valoración de la urgencia de su situación aumentó cuando el funcionario de la embajada que lo había interrogado se convenció de que estaba diciendo la verdad, ya que corroboramos gran parte de su historia. Pero la embajada no pudo convencer a Washington. El comité entre organismos ahí establecido para determinar cómo debe manejar Estados Unidos a los potenciales desertores malogró el caso. En efecto, no es fácil tomar decisiones. No todos los que se acercan al gobierno de Estados Unidos con una historia de espionaje están diciendo la verdad. O la que revelan es poco valiosa porque ya se conoce. Obtener una decisión de Washington era particularmente difícil en vista de que la CIA, que encabeza el proceso entre los organismos, se había quemado muchas veces con tantos falsos desertores cubanos; por lo visto, la agencia reaccionaba al trauma con inacción y vacilación.

Los pretextos eran múltiples y contradictorios. Insistí en que se enviaran expertos para entrevistar a Riera. Subrayé que el cubano corría peligro en México debido a los considerables elementos de Cuba dentro del gobierno. Pero el escepticismo y la inacción prevalecieron. Para el funcionario de la embajada, ese día fue muy difícil: tuvo que decirle a Riera que no contaba con nadie y que no podía ayudarlo. Sin embargo, el peor día de su vida no sería éste. Vendría unas cuantas semanas después, cuando se enteró de que los

mexicanos habían detenido a Riera para entregarlo a la inteligencia cubana. Era justo como lo había temido el propio Riera y justo como la embajada le había advertido a Washington. Después de que la sede diplomática lo abandonó, Riera trató de encontrar apoyo en otra parte. En forma desesperada y peligrosamente pública se reunió con intelectuales conocidos por su oposición a Castro, con reporteros y con editores mexicanos, y por último acudió a la SRE para solicitar asilo político. Fue llevado a la Secretaría de Gobernación, la dependencia responsable de los asuntos migratorios y, lo que es más importante, la que alberga al Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN), el servicio de inteligencia mexicano. Riera pensó que al conducirse en público obtendría algo de protección. Estaba equivocado.

En la tarde del 3 de octubre se reunió con dos reporteros norteamericanos que estaban trabajando en un reportaje sobre él. De ahí se fue a un Sanborn's en la colonia Roma para reunirse con agentes del CISEN. Se hizo acompañar de un emigrado cubano, un periodista con residencia legal en México. Cuando Riera terminó su reunión con los representantes del CISEN, seis hombres armados lo interceptaron, lo llevaron a un hotel y lo interrogaron. A la mañana siguiente fue puesto en un avión con rumbo a Cuba. El gobierno de México, bajo cierta presión de los reporteros que olfatearon una buena historia, declaró que el cubano había sido deportado en un vuelo comercial después de que se analizaron sus documentos migratorios, que revelaban que estaba ilegalmente en México. Según otras fuentes, el avión que lo condujo de regreso a La Habana con una guardia armada era del CISEN o de la inteligencia cubana.

Los mexicanos responsables de la deportación de Riera comenzaron a manipular de inmediato la historia ante la prensa. Dijeron que era probablemente un agente de Estados Unidos y que se había reunido con el embajador de este país. Falso en ambos casos. La embajada envió una declaración en la que hacía notar que si Riera se había acercado o no, el gobierno mexicano tenía la responsabilidad de acatar las leyes internacionales. Se supone que las personas que buscan asilo, recalamos, no deben ser simplemente deportadas a la nación de la que están huyendo.

A partir de ese momento, la historia se desarrolló en una forma deprimente. Le pedí al gobierno de México que determinara el paradero de Riera en Cuba y asistiera a su juicio. La SRE dijo primero que así lo haría, pero después negó que hubiera afirmado

jamás algo en ese sentido. La dependencia regresó a las fórmulas tradiciones para afirmar que México no aceptaría presión alguna de un país extranjero en lo referente a sus asuntos con Cuba.

Riera permanece en una prisión cubana. En Washington, una revisión interna del gobierno pasó por alto el hecho de que gran parte de la información por él proporcionada era exacta. Hay varias teorías para explicar qué impulsó al gobierno mexicano a actuar como lo hizo en el caso Riera. Quizás éste se convirtió en una pieza de un complicado trueque, el de él mismo a cambio de alguien que fue liberado de Cuba y que era de interés para México o para un político mexicano influyente. O tal vez La Habana chantajeó a algunas personas en puestos privilegiados con amenazas de revelar información comprometedoras. También es probable que ciertos funcionarios mexicanos de alto rango temieron que Riera dijera a la prensa lo que sabía acerca de los espías y agentes de influencia cubanos que todavía estaban dentro del gobierno mexicano. En cualquier caso, dado que el PRI se preparaba para transferir el poder a un nuevo gobierno, no era conveniente tener cerca a Riera. Su vida se convirtió para el gobierno en otro expediente que debía pasar por la trituradora de papel antes de cerrar la puerta.